

su intérprete Lutero. Todavía se recurre á estas profecías, y el mal éxito de las de Lutero no detiene á los ministros de la secta para aventurar otras semejantes; se conoce el genio de los pueblos, y es preciso siempre fascinarlos por estos medios. Estas profecías de Lutero se leen todavía en sus escritos <sup>1</sup> para testimonio eterno contra los que las han creído tan ligeramente. Sleidan, su historiador, las refiere con mucha seriedad <sup>2</sup>; y emplea toda la elegancia de su estilo, y toda la pureza de su culto lenguaje, para presentarnos un cuadro de las cosas con que Lutero habia llenado toda la Alemania, el mas súcio, el mas bajo y vergonzoso que se ha visto jamás: sin embargo, si hemos de creer á Sleidan, esta era una *imagen profética*: por lo demás, *se veía ya el cumplimiento de muchas profecías de Lutero, y las restantes estaban todavía entre las manos de Dios.*

No era, pues, solamente el pueblo el que miraba á Lutero como un profeta: los doctores del partido le tenían por tal. Felipe Melancton (ó Melancthon) que se filió bajo su disciplina desde el principio de las disputas, y que fue el mas capaz, así como el mas celoso de sus discípulos, se dejó al principio de tal manera persuadir de que habia en aquel hombre algo de extraordinario y de profético, que estuvo mucho tiempo sin desengañarse, á pesar de los defectos que descubria todos los dias en su maestro; y hablando de Lutero, escribia á Erasmo: « Vos sabeis que se debe probar, y no menospreciar á los profetas <sup>3</sup>. »

XXXII.— *Jactancia de Lutero, y el desprecio que hacia de los Padres.*

Entre tanto este nuevo profeta se entregaba á excesos inauditos: nada le detenía. Porque los Profetas, de órden de Dios, pronunciaban terribles invectivas, se hizo el mas violento de todos los hombres, y el mas fecundo en palabras ultrajosas. Porque san Pablo, para el bien de los hombres, habia revelado su ministerio, y los dones con que Dios le habia favorecido, con toda la confianza que le daba la verdad manifiesta, apoyada por Dios con milagros desde lo alto; Lutero habla de sí mismo en términos que se sonrojaban sus amigos. Sin embargo, como estaban acostumbrados á oírle, su vanagloria se llamaba magnanimidad, y se admiraba *la santa ostenta-*

<sup>1</sup> Ass. art. damn. t. II, f. 3, ad prop. 33, ad lib. Amb. Cathar. ibid. f. 164, Contr. Henr. Reg. Ang. ib. 331, 332 et seq. — <sup>2</sup> Sleid. lib. IV, 75; XIV, 225; XVI, 261, etc. — <sup>3</sup> Mel. lib. III, epist. 65.

*cion, las santas alabanzas, y la santá jactancia* de Lutero; y el mismo Calvino, aunque enojado con él, las llamaba así <sup>1</sup>.

Engreído con su saber, mediano en el fondo, pero grande para el tiempo en que vivía, y muy grande desgraciadamente para su bien espiritual, y para el reposo de la Iglesia, se creía superior á todos los hombres, no solamente á los de su siglo, sino tambien á los mas ilustres de los siglos pasados.

En la cuestion del libre albedrío le oponía Erasmo el consentimiento de los Padres y de toda la antigüedad, y él le decia <sup>2</sup>: « Bien hecho, alabad á los antiguos Padres, y fíaos en sus discursos, des-  
« pues de haber visto que todos á una se han olvidado de san Pablo,  
« y sumidos en el sentido carnal se han mantenido como de intento  
« tan léjos de este hermoso astro de la mañana, ó mas bien de este  
« sol. » Tambien le decia <sup>3</sup>: « ¡Qué mucho es que Dios haya dejado  
« á todas las iglesias mas grandes ir por su camino, cuando tam-  
« bien habia dejado ir en otro tiempo á todas las naciones de la tier-  
« ra! » ¡Qué consecuencia! Si Dios abandonó á los gentiles á la cegu-  
« dad de su corazon, ¿se sigue que abandona tambien á las igle-  
« sias que con tanto cuidado apartó de la perdicion? Pues esto es sin  
embargo lo que dice Lutero en su libro *del siervo albedrío*: siendo lo mas notable, que en lo que sostiene en este libro, no solamente *contra todos los Padres, y contra todas las iglesias*, sino tambien *contra todos los hombres, y contra la voz comun del género humano*, á saber, que el libre albedrío no es nada absolutamente, ha sido abandonado, como veremos, de todos sus discípulos, y aun en la confesion de Ausburgo, lo que hace ver á qué exceso llegó su temeridad, pues ha tratado con un desprecio tan imperioso á los Padres y á las Iglesias, en un punto en que erraba tan visiblemente. Las alabanzas que estos santos Doctores han dado con voz unánime á la continencia, le irritan en vez de moverle: sobre todo san Jerónimo le es insoportable por haberla alabado; y decide que este y todos los santos Padres que han practicado tantas y tan santas mortificaciones por conservarla inviolable, hubieran hecho mucho mejor en casarse. No se ha excedido menos en las demás materias. En fin, en todo y por todo, los Padres, los Papas, los Concilios generales y particulares, si no abundan en su sentir, no son nada para él. Se desembara de todos ellos, oponiéndoles la Escritura inter-

<sup>1</sup> II Defens. cont. Vestph. opusc. f. 788. — <sup>2</sup> De serv. arb. t. II, f. 480, etc. — <sup>3</sup> Ibid. 438.

pretada á su modo, como si antes de él se hubiera ignorado la Escritura, ó como si los Padres que la han guardado y estudiado con un espíritu tan religioso, no la hubiesen entendido.

XXXIII. — *Bufonadas y extravagancias.*

Á este punto habia llegado Lutero: de aquella extrema modestia que habia manifestado al principio, pasó á tan grandes demasías. ¿Y qué diré yo de las bufonadas tan chocarreras y escandalosas con que llena sus escritos? Yo quisiera que uno de sus secuaces mas prevenidos á su favor, se tomase el trabajo de leer solamente un discurso que compuso en tiempo de Paulo III contra el Papado<sup>1</sup>: estoy seguro de que se avergonzaria por el mismo Lutero: tantos serian, no diré los arrebatos y furios que hallaria en él por donde quiera que leyese, sino los insulsos equívocos, las bajas chocarreras, tantas indecencias aun de las mas groseras, de aquellas que no se oyen sino en boca de la gente mas vil. «El Papa, dice, está tan lleno de diablos, que escupe diablos, suena diablos por las narices...» no queremos acabar de decir lo que Lutero no ha tenido vergüenza de repetir treinta veces. ¿Es este el modo de hablar en un reformador? Pero se trata del Papa, cuyo solo nombre le enfurecia, y ya no era dueño de sí mismo. ¿Y me atreveré yo á copiar lo que sigue de esta insensata invectiva? Al fin es necesario hacerlo, á pesar del horror que me causa, para que se vea de una vez qué furias atormentaban á este jefe de la nueva Reforma. Violentémonos, pues, para transcribir estas palabras que dirige al Papa: «Paulito mio, Papita mio, borriquito mio, véte despacio; mira que está el suelo pelado, te romperás una pierna, te quedarás cojo, y dirán las gentes: ¿Qué diablo es este? ¿Cómo se ha puesto cojo este pequeño Papalín?» Perdonadme, lectores católicos, si repito estas irreverencias. Perdonadme tambien, ó Luteranos, y aprovechaos á lo menos de vuestra vergüenza. Pero despues de estas ideas indecentes, ya es tiempo de ver los pasajes selectos. Todos consisten en estos juegos de voces: *Coelestissimus, scelestissimus: sanctissimus, satanissimus*, y esto es lo que se lee en cada línea. ¿Y qué dirémos de esta bella figura? *Un asno sabe que es asno: una piedra sabe que es piedra, y estos asnos de Papalines no saben que son asnos*<sup>2</sup>. Para que no digan de él otro tanto,

<sup>1</sup> Advers. Papat. t. VII, f. 431 et seq. — <sup>2</sup> Adv. Papat. t. VII, f. 470.

se adelanta á la objeccion, y dice<sup>1</sup>: «El Papa no puede tenerme á mí por un asno, pues sabe muy bien que por la bondad de Dios, «y por una gracia particular suya, yo soy mas sábio en las Escrituras que él y que todos sus asnos.» Prosigamos, porque ahora se va á elevar el estilo<sup>2</sup>: «Si yo fuera el dueño del imperio; ¿á donde irá á parar con tan magnífico principio? haria del Papa y de los Cardenales un paquete, y lo arrojaria en ese pequeño foso del mar de Toscana: este baño los curaria, yo empeño sobre ello mi palabra, «y pongo á Jesucristo por fiador.» ¿No se invoca aquí bien oportunamente el santo nombre de Jesucristo? Callemos; bastante hemos dicho; y temblemos bajo los terribles juicios de Dios, que para castigar nuestro orgullo ha permitido que unos arrebatamientos tan groseros tuviesen tanta eficacia de seduccion y de error.

XXXIV. — *Sediciones y violencias.*

No digo nada de las sediciones y saqueos, primer fruto de las predicaciones de este nuevo evangelista, que hacia vanidad de aquellas violencias. El Evangelio, decia él<sup>3</sup>, y todos sus discípulos despues de él, siempre ha causado turbulencias, y se necesita sangre para establecerlo: lo mismo decia Zuinglio, y así tambien se disculpaba Calvino: «Jesucristo, decian todos ellos<sup>4</sup>, vino para arrojar la «espada en medio del mundo;» ciegos que no veian, ó que no querian ver, qué espada era la que habia arrojado Jesucristo, y qué sangre habia hecho derramar. Es verdad que los lobos, en medio de los cuales enviaba á sus discípulos, debian derramar la sangre de los cuales enviaba á sus discípulos, debian derramar la sangre de sus inocentes ovejas: ¿pero habia dicho el Señor que sus ovejas dejarian de ser ovejas, formarian reuniones sediciosas, y derramarian á su vez la sangre de los lobos? Los perseguidores desenvainaron la espada contra los fieles de Jesucristo; ¿pero estos sacaban sus espadas, no ya para acometer á sus perseguidores, pero ni aun para defenderse de sus violencias? En una palabra, se levantaron sediciones contra los discípulos de Jesucristo; pero los discípulos de Jesucristo jamás excitaron ninguna durante trescientos años de una persecucion implacable. El Evangelio los hacia modestos, pacíficos, respetuosos para con las potestades legítimas, aunque enemigas de la fe, y los llenaba de un verdadero celo; no de aquel celo amargo que opone la

<sup>1</sup> Adv. Papat. t. VII, f. 470. — <sup>2</sup> Ibid. p. 474. — <sup>3</sup> De servo arbitrio, f. 431, etc. — <sup>4</sup> Matth. x, 34.

acritud á la acritud, las armas á las armas, y la fuerza á la fuerza. Sean, pues, los Católicos, si se quiere, perseguidores injustos; los que se glorian de reformarlos por el modelo de la Iglesia apostólica, deben empezar la reforma por una invencible paciencia. Pero al contrario, decia Erasmo, que vió nacer á la Reforma <sup>1</sup>: « Yo les veo salir de sus prédicas « con un aire feroz y miradas amenazadoras, como gentes que acababan de oír invectivas sagrientas y discursos sediciosos. » También se veía á este pueblo evangélico siempre dispuesto para tomar las armas, y tan cerca de combatir como de disputar. Tal vez nos confesarán los ministros protestantes que los sacerdotes de los Judíos y los de los ídolos daban lugar á sátiras tan fuertes como los sacerdotes de la Iglesia romana, por subidos que sean los colores con que ellos los pintan. ¿Cuándo se vió al salir de la predicacion de san Pablo, á los que habia convertido, ir á saquear las casas de aquellos sacerdotes sacrílegos, como se ha visto tantas veces, al salir de los sermones de Lutero y de los supuestos reformadores, ir sus oyentes á robar á todos los eclesiásticos, sin distincion de buenos y malos? ¡Qué digo yo los sacerdotes de los ídolos! Ni aun á los ídolos mismos acometian los Cristianos. ¿Se vió jamás en Éfeso ó en Corinto, donde habia un ídolo en cada esquina, derribar ni uno siquiera despues de las predicaciones de san Pablo y de los Apóstoles? Al contrario el síndico de Éfeso atestiguó á sus vecinos que san Pablo y sus compañeros no blasfemaban contra su diosa <sup>2</sup>; es decir, que hablaban contra los dioses falsos, sin excitar ninguna turbacion, sin alterar la tranquilidad pública; y yo creo sin embargo que los ídolos de Júpiter y de Vénus eran seguramente tan odiosos á los primeros cristianos, como las imágenes de Jesucristo, de la Virgen María y de los Santos, á nuestros reformadores que las han derribado.

<sup>1</sup> Lib. XIX, 113, 24, 31, 47, p. 2033, etc. — <sup>2</sup> Act. xix, 37.

## LIBRO SEGUNDO.

DESDE EL AÑO DE 1520 HASTA EL DE 1529.

### RESÚMEN.

Variaciones de Lutero sobre la transustanciacion. Carlostadio empieza la querrela. Sacramentarios. Circunstancias de este rompimiento. Sublevacion de los paisanos, y papel que hizo en ella Lutero. Su matrimonio de que se avergonzaba él mismo y sus amigos. Sus excesos sobre el libre albedrío, y contra Enrique VIII, rey de Inglaterra. Se dan á conocer Zuinglio y Oecolampadio. Los Sacramentarios prefieren la doctrina católica á la luterana. Los Luteros toman las armas, á pesar de todas sus promesas. Disgústase Melancton. Unense en Alemania con el nombre de Protestantes. Vanos proyectos de acomodamiento entre Lutero y Zuinglio. Conferencia de Marpourg.

I.— *Libro de la Cautividad de Babilonia: opiniones de Lutero sobre la Eucaristia, y el deseo que tuvo de alterar la presencia real.*

El primer libro en que Lutero manifestó todo lo que era, fue el que compuso el año de 1520, de la *Cautividad de Babilonia*. En este libro estalla fuertemente contra la Iglesia romana que acababa de condenarle; y uno de los primeros dogmas que se propuso alterar fue el de la transustanciacion.

Bien hubiera querido poder negar la presencia real: todo el mundo sabe lo que él mismo declaró sobre este punto en la carta que escribió á los de Estrasburgo, en que les decia, « que hubiera tenido « un gran placer en hallar algun medio de negarla, porque ninguna « cosa le hubiera venido mejor para el designio que tenia de perjudicar al Papado <sup>1</sup>. » Pero Dios pone secretos limites á los espíritus mas exaltados, y no siempre permite á los novadores afligir á su Iglesia tanto como ellos quisieran. Á Lutero le contenian de un modo invencible la fuerza y precision de estas palabras: *Este es mi cuerpo,*

<sup>1</sup> Epist. ad Argentin. t. VII, f. 501.